



ENTREVISTA (mínima)

# LÁZARO COVADLO

por **Fabrizio Tocco**

—¿Cuán difícil le resultó aportar una nueva representación de eventos bélicos o históricos de la primera mitad del s. XX frente a la ingente producción actual, tanto literaria como filmográfica?

—En realidad, si te fijas, la mayor parte de la producción filmográfica es mayormente de la Segunda Guerra y ya tiene sus años. Hay mucho menos obras acerca de la Primera y de la Revolución rusa, a excepción de esa gran superproducción que es *Doctor Zhivago*, de Lean. Recuerdo cuando era chiquito que a la Argentina ya llegaban películas acerca de la Segunda Guerra Mundial, inclusive antes de que terminara. Te estoy hablando de los cuarenta: me acuerdo cuando fui a ver *Casablanca* al cine en 1943.

Pero, más allá del cine, cuando me senté a escribir, intenté prescindir un poco de toda esa imaginación y aproveché mucho la herencia de diálogos familiares de estos diferentes hechos históricos (sobre todo la Guerra Civil rusa y española). También me documenté todo lo que pude al respecto, tal como queda reflejado en la bibliografía que adjunto al final de la novela. He intentado no distraer la narración con demasiados datos cronológicos.

—Sin embargo, hay un tono muy didáctico en toda la novela, tal vez en cuanto a la circunstancia judía en Argentina y al léxico yidish. ¿Tiene que ver más con contextualizar al lector lego o con acercar su obra a la novela histórica?

—Sentí la necesidad de hacerlo porque creo que la mayor parte de los lectores carecen de ese marco. Si hablamos de acontecimientos más recientes, la gente está más empapada por la prensa. Para narrar la matanza de los *tutziés* en Rwanda no sería tan necesario contextualizar. Pero en ningún momento tuve la intención de acercarme a la novela histórica. Al final del libro, aclaro que he tratado de ser fiel a la historia y a la geografía, hasta donde no molestara a la novela. Incluso me he permitido alguna licencia.

La escena que describe el frente polaco donde Baruj Kowenski, el protagonista, está parapetado bajo su caballo muerto: en ese momento, como si fuera la Séptima Carga de Caballería, aparece el Mariscal Zhúkov. Cuando lo escribí, sabía perfectamente que el entonces Capitán Zhúkov había batallado en Crimea, que nunca había estado en el frente polaco. Pero tenía que aparecer igual en la novela y en ese momento. Como también puede haber algún desfase cronológico, pequeño.

A la historia que traté de ser más fiel es a la de Simón Radowitzky, quien como señala Osvaldo Bayer no asesinó sino que ajustició al Coronel Falcón. Desgraciadamente, en Buenos Aires no hay ninguna calle que lleve su nombre y sin embargo sí hay una que lleva el de Ramón Falcón, principal represor de los movimientos obreros de principios del s. XX.

—¿La estandarización del español que pronuncian los personajes tiene que ver con ese contexto necesario?

—*Remington Rand*, mi segunda novela, está escrita íntegramente en lunfardo. Sé que generalmente en Argentina se pone reparo a los escritores que no escriben así. Cuando escribí *Las salvajes muchachas del Partido*, me planteé cómo iban a hablar esos argentinos, que mayormente dialogaban en *yidish*. Pensé que un español más estándar era una buena solución, a modo de traducción o doblaje. También uno tiene una pretensión más universal, no tan localista.

—Me pareció divertido que el único personaje que habla con la variedad dialectal rioplatense es Roberto Arlt. Parecía inevitable.

—Obviamente no lo iba a poner hablando en gallego. [Risas]. Hay alguna cosita más por ahí, igualmente.

—Los gauchos con los que aprende a galopar Baruj, cerca de Moisés Ville.

—Exacto.

—¿Comparte Baruj el nomadismo característico de los personajes que pueblan la tradición literaria gauchesca o inclusive la misma circunstancia histórica argentina, configurada por constantes migraciones? A veces simultáneas, como en el caso de los viajes inversos de los europeos que regresaban para participar de sus respectivas guerras.

**Lázaro Covadlo (Buenos Aires, 1937) acaba de publicar su sexta novela, *Las salvajes muchachas del Partido* (Candaya), una vertiginosa aventura que sigue los pasos del ucraniano Baruj Kowenski, personificación del “nuevo judío errante” del s. XX. Covadlo nos recibió en Sitges, donde nos dio a conocer sus primeras impresiones sobre este último trabajo.**

—No tengo conciencia de ello, debería pensarlo. Pero la historia universal de la humanidad está construida por estos procesos, no es algo excluyente de la literatura argentina.

—*El retrato de Félix Dzerzhinsky, el líder de “La Checa”, tiene algo de shakesperiano, en su apología amoral de la maldad.*

—Puede ser, al escribir, las ideas del personaje histórico me fueron sugeridas por las del Marqués de Sade. Dzerzhinsky era un tipo muy culto. Los líderes soviéticos de aquella época lo eran, pero su herencia dominante era el realismo decimonónico nacional. Había dos excepciones: Trotsky, admirador del surrealismo, y Dzerzhinsky, que fue muy influido por la lírica de Lautréamont y Marinetti. Ambos eran comunistas sinceros. Como todos bien sabemos, el estalinismo barrió con cualquier presencia literaria que no fuera afín al realismo socialista.

—*Una de las cosas más interesantes en la novela es cómo el narrador asume de modo explícito la ficcionalización de la biografía de su abuelo Baruj. Al punto de convertirlo, sin reparos, en un fantasma obsesivo, donde se proyecta un evidente homenaje pero también algo de envidia.*

—Tanto el narrador como toda su generación han tenido una existencia sin peripecias. En los Estados de Bienestar, la mayor parte de la gente tie-

ne la suerte de llevar una vida poco interesante. Aunque de pronto a veces sucede ese ramalazo. Por ejemplo, cuando se desató la Primera Guerra Mundial, en Europa, hacía varias décadas que no había guerras. Cada tanto, la historia da este tipo de vuelcos trágicos inimaginables. Vittorio de Sica lo retrató de forma muy lúcida en *Il giardino dei Finzi-Contini*.

—*¿Cómo se lleva vivir hoy en la anti-guerra Sefarad?*

—Creo que los que se dicen antisemitas tendrían que ponerse de acuerdo. Porque si dicen que no son antisemitas y están solo contra el estado de Israel, entonces paremos la mano. Nadie le va a pedir cuenta por lo que diga el Vaticano a alguien que es de familia católica. Por lo demás, la verdad es que prefiero pasar de este tema.

—*¿Cómo valora la recepción crítica de su obra en España? Y elogios como los de Vila-Matas o Pàmies.*

—A nadie le amarga un dulce, ¿no? Los comentarios que recibí por parte de escritores, en gran medida valiosos, son comentarios como lectores. Después, frente a las reseñas, tuve la suerte que en su mayoría fueron positivas. De todos modos, creo que la crítica es tan subjetiva...

—*...¿que de alguna forma pierde valor?*

—No. A ver, yo he hecho reseñas para

*Qué leer*, pero prefiero no hacerlas. No me gustan. Creo que la crítica debería tratar de no tomar tanto partido.

—*¿Y en Argentina?*

—Las críticas que he recibido, pocas, han sido también muy favorables. En el 2000, a raíz de una edición, Mondadori me costeó un viaje a Buenos Aires para divulgar la novela. Tuve buenas reseñas en *La Nación*, *Clarín*, *Ámbito Financiero*.

—*El retrato de la vida prostibular porteña, ¿puede leerse como manifestación de la cara no muy agradable de la inmigración de principios de s. XX?*

—Argentina, como aclaro en la novela de forma muy “didáctica” [Risas] era un país de inmigración masculina. A veces los hombres, los primeros en llegar, olvidaban a sus familias, que permanecían desamparadas en Europa. En otras ocasiones, la mayoría, se estabilizaban y financiaban la llegada de sus familiares. Por último, también ocurría que fracasaban y regresaban a Europa. En los tres casos, la soledad de esos hombres generó un mercado muy amplio que satisficiera necesidades que no sé muy bien cómo llamar. Como queda retratado en la novela, hasta la década de los treinta, había tres mafias: la francesa, la judía y la criolla. Pero, de nuevo, este es un fenómeno muy recurrente y no exclusivo: hoy sucede exactamente lo mismo en España. ■